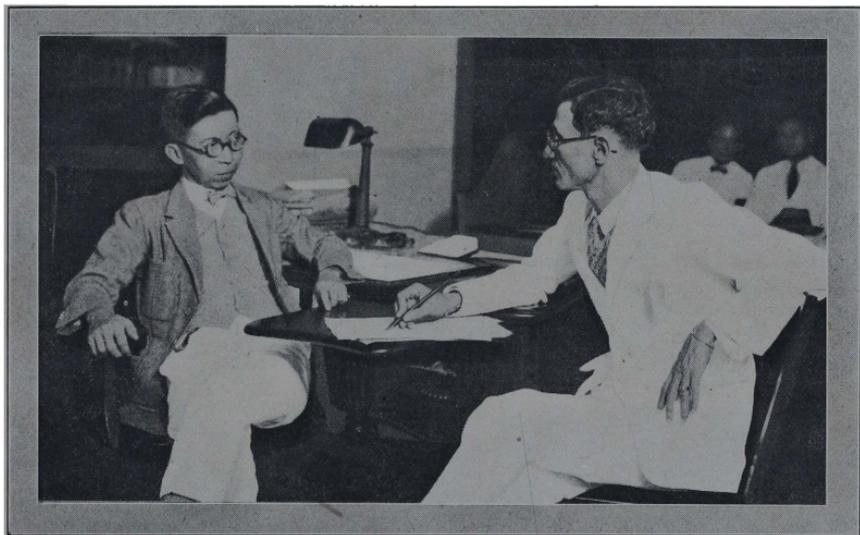


NUESTRAS ENTREVISTAS

Hon. GUILLERMO GUEVARA



ENCONTRAMOS a Don Guillermo con un catarro de mil demonios. No puede ni hablar, completamente afónico. No obstante tiene la mesa llena de trabajos y como buen artillero, sigue al pié del cañón. Otro mortal, o inmortal, con menos motivo se hallaría encamado bajo un mundo de sábanas y brebajes. Pero ante Guevara, en esto, hay que descubrirse. Trabaja por media docena de Guevaras.

A pesar del catarro y de la afonía accede amablemente a nuestra entrevista y posa con nosotros ante la cámara fotográfica para EXCELSIOR. Y nos da una pena oírle! El nunca ha sido un gran barítono, pero lo que es la voz que emite ahora causaría pudor a las chicharras.

—¿Cómo estás, gran fiscal?

—Pues ya lo ves, enfermo. Y en vísperas de dejar todo esto.

“Todo esto” son todos aquellos libracos, mamotretos, causas, expedientes y querellas y taquígrafas que le rodean. Sinceramente, desde el fondo del alma donde cada hombre tiene una bondad dormida, compadecemos al digno Fiscal de

la ciudad. Y comprendemos su cara de vinagre a veces.

—¿Cuántos años llevas sirviendo al Gobierno?

—Veinticuatro.

—¿Como abogado?

—No; hace catorce que soy abogado. He sido juez dos años y el resto, fiscal.

—Sinceramente, ¿por qué dejas el cargo?

—Por mis hijos. El sueldo que percibo del Gobierno apenas si me ha bastado nunca a cubrir necesidades.

—¿Y esperas ganar más fuera del Gobierno?

—Infinitamente más. Ya tengo, antes de dejar la Fiscalía firmados muchísimos compromisos para defender causas importantes. Esto aparte de las igualas, que son bastantes...

—¿Cómo es que precisamente escojes para abogar el bufete de los que han sido tus rivales en las causas Mabunay, etc.?

—Precisamente por esa rivalidad. En el transcurso de las causas nos hemos tenido que conocer a fondo.

—¿Quien crees que será tu sucesor?

—Mi primer auxiliar: Alfonso Félix.
 —Durante tus doce años de fiscal, ¿cuantas causas has perdido?
 —Personalmente, ni una.
 —¿Cuál es la que te ha dado mayor trabajo, la de más importancia?
 —La de la Srta. Romualdez.
 —¿Por qué?
 —Por todos sus incidentes, prejuicios, peripecias...
 —¿En esa causa, hubo lucha entre el caballero y el fiscal?
 —Enorme. Yo no quería presentar la querrela. Estuve titubeando lo indecible hasta que no tuve más remedio que hacer lo que hice.
 —¿Con dolor para el caballero?
 —Y para el fiscal.
 Callamos un instante. Luego, de pronto...
 —Se dice por ahí, clamamos, por entre clubs y sociales mentidores, que si has presentado la dimisión es con motivo de esa causa precisamente...
 Y el fiscal pega un bote:
 —Hombre! Tú sabes el cuento del portugués?
 —No tengo el honor de tratarme con portugueses.

—Pues este era un portugués a quien en una riña habían arrojado al fondo de un pozo. Y desde allí vociferaba sin poderse valer, con los puños extendidos y amenazando a todo el mundo: Al que me saque de aquí, le perdono la vida!

—¿Moraleja?

—¡Que Manila está llena de portugueses!

Sobre la mesa del fiscal Guevara, como altos exponentes de sus indiscutidos valer y valimiento, sorprendemos varias cartas de personajes del Gobierno doliéndose de la dimisión del fiscal al par que felicitándole por sus meritísimos servicios al país.

Y como hay un mundo de gente que le aguarda, y las taquígrafas van de aquí para allá cargadas de papeles y los teléfonos no paran, creemos llegado el momento de abandonar aquel despacho, estrechando las manos del ilustre funcionario público y pandonorco caballero social.

Jesús Balmori

